

Carlos Páez de la Torre (h)

Miembro de Número de la Academia Nacional de la Historia

**El periodista y político tucumano
José Posse,
en el centenario de su muerte**

(Conferencia pronunciada en la sesión pública
de la Academia Nacional de la Historia,
el 14 de noviembre de 2006)



Ediciones de la Veinticuatro
Tucumán

ECCOS DEL DIA



SEÑOR JOSÉ POSSE

DECANO DEL PERIODISMO ARGENTINO

† hoy á la 1.20 p. m. en esta ciudad

ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA (2006-2008)

Dr. César A. García Belsunce

Presidente

Lic. Armando Raúl Bazán
Vicepresidente 2º

Dr. Eduardo Martiré
Vicepresidente 1º

Dr. Rodolfo A. Raffino
Tesorero

Dra. Nilda Guglielmi
Secretaria

Dr. Hernán Asdrúbal Silva
Protesorero

Dr. José Eduardo de Cara
Prosecretario

ACADÉMICOS DE NÚMERO*

1. Dr. José M. Mariluz Urquijo 1960 ¹⁴	19. Dr. Eduardo Martiré	1992 ³⁸
2. Dr. Víctor Tau Anzoátegui 1970 ⁴⁰	20. Dr. Isidoro J. Ruiz Moreno	1992 ²
3. Contraalmirante Laurio H. Destéfani 1971 ³⁷	21. Dr. Ezequiel Gallo	1992 ¹²
4. Dr. Edberto Oscar Acevedo 1973 ⁶	22. Dr. Félix Luna	1992 ¹⁰
5. Dr. Pedro Martínez C. 1973 ²⁹	23. Dr. Natalio Botana	1994 ⁸
6. Prof. Héctor H. Schenone 1977 ³²	24. Prof. Enrique Zuleta Álvarez	1994 ²¹
7. Dr. Luis Santiago Sanz 1977 ³³	25. Dr. Rodolfo A Raffino	1994 ²⁰
8. Dra. Daisy Rípodas Ardanaz 1980 ³¹	26. Dra. Nilda Guglielmi	1994 ³⁵
9. Prof. Beatriz Bosch 1986 ²³	27. Dra. Olga Fernández Latour de Botas	1994 ²⁸
10. Dra. María Amalia Duarte 1986 ¹⁶	28. Dr. Hernán Asdrúbal Silva	1997 ³
11. Lic. Armando Raúl Bazán 1986 ³⁰	29. Dr. Carlos A. Mayo	1997 ³⁹
12. Dr. Miguel Ángel De Marco 1986 ³⁴	30. Dr. José Eduardo de Cara	1997 ²⁵
13. Dr. Ernesto J. A. Maeder 1986 ⁵	31. Dr. Samuel Amaral	1997 ²²
14. Dr. Roberto Cortés Conde 1986 ²⁷	32. Prof. Félix Weinberg	1998 ⁴
15. Dr. Néstor Tomás Auza 1989 ²⁴	33. Dr. Fernando E. Barba	2001 ²⁶
16. Dr. César A. García Belsunce 1989 ¹⁷	34. Dr. Carlos Páez de la Torre (h)	2001 ³⁶
17. Arq. Ramón Gutiérrez 1991 ¹⁵	35. Dr. Marcelo Montserrat	2001 ¹⁸
18. Dr. Dardo Pérez Guilhou 1991 ¹⁴		

* El año es el de la sesión en que fue electo académico y establece la antigüedad. El número en el extremo derecho indica el sitial que le corresponde en la sucesión académica

EL PERIODISTA Y POLÍTICO TUCUMANO JOSÉ POSSE, EN EL CENTENARIO DE SU MUERTE

Carlos PÁez de la Torre (h)

Sabemos que este año 2006 que va terminando ha marcado el centenario de los grandes funerales argentinos de comienzos del siglo XX: los del Bartolomé Mitre, en enero; del doctor Manuel Quintana, en marzo; doctor Carlos Pellegrini, en julio, y del doctor Bernardo de Irigoyen, en el próximo diciembre. La Academia Nacional de la Historia los ha recordado, en conferencias de nuestros distinguidos colegas. Evocaciones que lograron que, un momento, volviera a sonar en este recinto algo de lo que aquí dijeron grandes argentinos, porciones de su aporte a la formación de la moderna República.

Pero me parece oportuno que nuestra corporación incluya, entre esa tan justificada conmemoración centenal, a una personalidad que, aunque provinciana tuvo en su tiempo gran relieve como periodista y como hombre público. Me refiero a José Posse, el gran amigo de Domingo Faustino Sarmiento y depositario de las más recónditas confidencias del autor de *Facundo*.

Me complace por cierto ocuparme de este personaje. Ya expuse aspectos de su azarosa vida en este recinto hace casi dos décadas, en 1987, cuando me incorporaba a la Academia como miembro correspondiente por Tucumán. Merece Posse que lo recordemos. Era su estilo de corte completamente distinto, en múltiples sentidos, a los de Mitre, Quintana, Irigoyen y Pellegrini. Pero, a la vez, era idéntico a ellos en la vocación que alentaba por el progreso del país y por el funcionamiento adecuado de sus instituciones, así como por el fervor que aplicó a su lucha por tales propósitos.

Posse nació en Tucumán el 19 de marzo de 1816 (es decir, cinco días antes comenzaran las sesiones del Congreso de la

Independencia) y falleció en esa misma ciudad el 28 de abril de 1906, hace cien años. El apellido había sido fundado en Tucumán por su abuelo Manuel Posse, un español de Camariñas que llegó en la segunda mitad del siglo XVIII, se casó con una provinciana de linajuda familia, doña Águeda Tejerina, y llegó a hacer fortuna. Tanta, que en 1810 se lo consideraba el hombre más rico de la provincia. La condición lo convirtió en blanco preferido de los empréstitos -primero voluntarios y después forzosos- que sirvieron para afirmar la revolución. El padre de José Posse se llamaba Simón Posse y Tejerina, y su madre era una porteña, Josefa Insua y García.

No se sabe dónde estudió José Posse. Una evocación de Amador Lucero aventuraba que se había formado "en esas bibliotecas extravagantes como un delirio; en esas bibliotecas extrañas y un poco grotescas de los hombres que han aprendido a leer sin maestros". Acaso estudió en aquella efímera escuela de Belgrano donde recibió las primeras letras Juan Bautista Alberdi (apenas seis años mayor que Posse), si no en la de los Padres Franciscanos, que funcionaba desde tiempos de la fundación de la ciudad. Después de esas nociones la rápida inteligencia de Posse, alimentada en los libros que fue pescando, haría el resto.

La gran mayoría de la familia Posse era rica. Los primos hermanos de este singular personaje fueron fundadores de prósperos ingenios azucareros (Wenceslao Posse, del ingenio Esperanza; Juan Posse, del ingenio San Juan; Manuel Posse, del ingenio San Vicente; Emidio Posse, del ingenio La Reducción). Pero no ocurrió lo mismo con José Posse. Las módicas empresas que intentó terminaron en fracaso, y vivió siempre en condiciones económicas muy ajustadas, para no decir que francamente pobre.

Tenía 24 años cuando Tucumán encabezó el pronunciamiento contra Juan Manuel de Rosas, conocido como la Coalición del Norte o la Liga del Norte. Se sabe que apoyó el movimiento. El general

Manuel Oribe, al ordenar que se impusieran contribuciones en especie a José, Vicente y Luis Posse y Manuel Vázquez en 1841, decía que "si han prestado su apoyo y voto para encender la guerra que los salvajes unitarios han hecho a la República, justo es que costeen los gastos de su tranquilidad, y aún con esto deben considerarse felices".

De algún modo Posse pudo exiliarse en Chile. De esa época data su tan fuerte, sincera y perdurable relación con Domingo Faustino Sarmiento. El contraste de Rodeo del Medio les impidió incorporarse a las fuerzas del general Gregorio Aráoz de La Madrid. Debieron limitarse a ayudar, en la cordillera, a los dispersos de ese ejército que huían hacia Chile. Es posible, además, que Sarmiento, al ver las condiciones innatas de escritor de su amigo, le sugiriese dedicarse al periodismo. Una carta de Posse al sanjuanino, en 1864, anunciaba que se proponía, desde la prensa, atacar a los "gallos de mala ralea" con grandes piedras; y agregaba: "¿no me ayudarás con algunas? Allí en tu mocedad me acuerdo que me convidaste en Chile para este trabajo, pensando entonces como yo pienso ahora".

Aplastada definitivamente la Liga del Norte en Famailá y en Rodeo del Medio, los emigrados poco a poco pudieron volver a Tucumán, gracias a la bonhomía del gobernador rosista, general Celedonio Gutiérrez. Posse estuvo entre ellos, y en 1844 regresó a su ciudad natal. Groussac ha conjeturado las sensaciones de esos retornos. Apunta que los emigrados,

Al volver después de años arrastrados en las duras sendas de la triste Bolivia o del áspero Chile, cuando vieron ondular a lo lejos las cumbres de sus montañas y luego erguirse las torres familiares de la ciudad natal, tuvieron la súbita evidencia y el pesar tardío de su error. Reconocieron la plaza *do pequñuelos jugaban*: penetraron en la vieja y vacía mansión solariega, encendieron de nuevo el enfriado hogar sobre las cenizas de antaño, llamaron a muchos ausentes que no podían responder. Y, agregada a la experiencia del peregrino la emoción del hijo pródigo, aquellos revoltosos de ayer tornáronse pacíficos vecinos, estancieros o labradores, opinando,

como el Escarmentado de Voltaire, sin por cierto haberlo leído, que el culto de los dioses lares compendia toda sabiduría y humana felicidad.

Así ocurrió con Posse, al comienzo. Entre 1844 y 1849 pudo comprar una finca de caña, se casó con Natalia Vázquez e inició esa profesión de periodista que habría de ejercer toda su vida. Fundó en 1847 un periódico, *El Conservador*, del que no conozco se conserve colección. Pero *El Conservador* no pudo costearse más que unos meses, por lo que Posse buscó el pararrayos del empleo público. No le costó mucho obtener el cargo de oficial mayor en el Ministerio de Gobierno. Siempre había lugar allí para alguien que supiese poner en castellano la papelería oficial. Además, el gobernador Gutiérrez parecía eterno -gobernó once años- y no molestaba a nadie que no lo provocase. En *El Comercio* de Valparaíso, Alberdi elogiaba la administración de Gutiérrez: afirmaba que en Tucumán no se usaba el cintillo punzó, y que había una política tan tolerante, que los emigrados de otras provincias se afincaban gustosos en su territorio. Como ocurrió con muchos antiguos exiliados, Posse llegó a tener altos cargos. Estos incluyeron -como oficial mayor- el desempeño del ministerio en interinato, y luego una banca de diputado a la Sala de Representantes, de la que fue también vicepresidente. Llegó a tener excelente relación con el gobernador federal. Tanto que, cuando ocurrió en febrero de 1852 la invasión de Crisóstomo Álvarez y sus fuerzas fueron derrotadas por el ejército de la provincia, parientes y amigos de Álvarez pidieron a Posse que salvara al invasor de la pena de muerte. Posse hizo febrilmente todas las gestiones; pero su falta de éxito determinó curiosamente que por muchos años sus enemigos políticos llegaran a acusarlo de haber instigado la ejecución.

A pesar de la amistad con Gutiérrez, mantenía Posse intacto su odio a todo lo que representaba Rosas. Con la caída de éste en Caseros, volvió sin vacilaciones al viejo redil liberal. Por eso, cuando Gutiérrez quiso amoldarse a los nuevos tiempos y partió a San

Nicolás de los Arroyos para firmar el pacto, Posse formó en el grupo de diputados que lo derrocaron en ausencia.

Después, vinieron las grandes funciones públicas, de las que mentaré las principales: ministro general de Gobierno en la administración de José María del Campo; presidente de la Sala de Representantes de Tucumán; convencional por Tucumán en la Convención Constituyente de 1860; habilitado para ejercer la abogacía y luego de juez de Primera Instancia en lo Civil; vocal del Superior Tribunal de Justicia; fiscal de Gobierno; senador nacional por Tucumán; gobernador de la provincia de Tucumán de 1864 a 1866. En 1870, asumió el rectorado del Colegio Nacional, que desempeñó hasta su jubilación, diecinueve años más tarde. José Posse murió en su casa de la ciudad natal, en 1906, como dije, a poco de haber cumplido los 90 años.

La enumeración ya marcaría cuánto merece José Posse que se lo recuerde, entre los próceres de la provincia donde nació. La sirvió desde los más altos cargos cívicos (puesto que fue gobernador, presidente de la Sala, diputado y senador de la Nación, constituyente nacional), y también desde el máximo cargo de la cultura, pues no otra cosa representaba en el norte del país, en las décadas de 1870 y 1880, ser rector del Colegio Nacional, máxima institución de estudios de su tiempo. A esto hay que agregar que, como dice Borges que ocurre a todos los hombres, le tocaron tiempos difíciles para vivir.

Marcaré algunos aspectos que me parecen especialmente destacables de José Posse y que creo recortan con fuerte relieve su figura. Pero antes, describamos a la persona.

Posse, a quien todos conocían como *don Pepe*, era un hombre de elevada estatura. En su rostro apuesto y varonil, resaltaban unos ojos celestes descoloridos. Había usado la barba unitaria en sus años mozos, pero después se la afeitó, para conservar sólo el bigote. Había

algo imponente en su persona. Gregorio Aráoz Alfaro recuerda que, en sus tiempos de alumno del Nacional bajo el rectorado de Posse, bastaba que se oyera el toc-toc de su bastón sobre las baldosas del patio para que todo el Colegio sintiera su autoridad y su prestigio.

Han quedado crónicas de testigos sobre sus austeras costumbres. Según Pablo Lascano, se levantaba a las cuatro de la mañana, para tomar un mate cebado por él mismo con yerba paraguaya. Tomaba un solo mate pero, dice este cronista, hay que saber que "tal mate contiene un litro de agua". Era un maniático del horario y de la anticipación: se decía que, cuando Tucumán tuvo tren, cada vez que debía viajar se trasladaba a la estación la noche antes y dormía en un banco hasta la hora de salida. La misma anticipación lo llevaba a almorzar a las 9 de la mañana, y con enorme apetito. Ninguna comida le hacía mal, lo que parecía un rasgo de la familia. En Tucumán estaba en boga la expresión "tiene el estómago de los Posse", para calificar a las personas que podían comer los manjares más pesados sin molestia posterior alguna. El plato favorito de don Pepe era el denominado "guiso de las Posse": una exquisitez que preparaban sus hijas de acuerdo con la receta que se ha transmitido hasta hoy, de generación en generación.

En la mesa, dice Lascano,

le sirve de cuchillo una rica navaja que él cuida y limpia con esmero. A la derecha tiene una pequeña piedra de afilar y a la izquierda otra, en forma de martillo, para desmenuzar la corteza del pan francés. Un botelloncito microscópico de vino es la ración de cada comida.

El agua que tomaba la sacaba él mismo del aljibe de la casa.

Salía pocas veces, y cuando lo hacía era para cazar o para pescar, actividades que lo atraían con fuerza. Al promediar su setentena, empezó a contentarse con acompañar a los parientes más próximos en aquellas actividades, y limitarse a mirar sin participar.

Usaba unos bastones que él mismo fabricaba con un cortaplumas, y que solía obsequiar a los amigos.

* * *

A la hora de destacar los méritos de Posse resalta, en primer lugar, su tarea de periodista. Ser periodista en una provincia, y en la segunda mitad del siglo XIX, constituía una ocupación de tipo muy especial. Juan B. Terán, ilustre miembro de esta Academia, echó una penetrante mirada sobre los hombres de prensa tucumanos de la época de Posse.

Hacía notar que, en una gran ciudad, el periodista puede limitarse a registrar la montaña de sucesos del día y agregarles un breve comentario. De ese modo, el diario es como un *film*, en que "las nuevas imágenes van borrando las anteriores, efímeras y vertiginosas: al final, la sucesión de las imágenes se define como una mancha y deja en el espíritu el sabor hispido de la ceniza". En cambio, en la provincia,

en la menor colaboración del medio, el periodista debe comenzar por crear los temas y tiene la tentación permanente de exégesis. Es un hombre de letras, tiene el tiempo necesario y le huelga el espacio para la crónica, para el solaz imaginativo, quizá para la homilía moralista.

Los artículos se leen y se comentan en los círculos. Pero ocurre que "a veces el círculo no es apacible, porque el diario es político y se ríe del solemne gobernante. En esos casos, el suelto es un asunto de Estado y la represalia contra el autor es enérgica". Además, en esos tiempos, el periodismo era "la función intelectual más alta de la época: dictaba desde su cátedra el gusto literario y era la única escuela de cultura".

Posse fue toda su vida un periodista. Dijimos que empezó con *El Conservador*, en 1847. De allí en adelante, no volvió a disfrutar del

diario propio, pero tuvo siempre sus columnas, políticas sobre todo, en *El Imparcial*, *El Liberal*, *El Argentino Independiente*, *La Razón* y *El Orden de Tucumán*, además de las correspondencias que publicaba en *El Eco de Córdoba* y, en Buenos Aires, en *El Nacional* y en *El Censor*. Escribió toda su vida. Ya había cruzado los 80 años y seguía mandando colaboraciones a *El Orden*. Al reunirse en Buenos Aires, en 1901, el I Congreso Nacional de Periodistas, la reunión saludó a Posse como “campeón de la prensa”, en pie de igualdad con Bartolomé Mitre, Vicente Fidel López y otras figuras.

Paul Groussac -quien fue sucesivamente amigo, enemigo y otra vez amigo de Posse- le reconocía “una inteligencia de primer orden”. No tenía erudición, eso sí. Se había quedado, dice Groussac,

con lo que adquirió en Chile, al lado del Sarmiento de *Civilización y barbarie*, que mezclaba Fortoul, Pascal y Eugenio Sue entre sus admiraciones. Pero tenía el instinto irremplazable, el sentido innato del estilo. Algunas lecturas aventureras habían sido suficientes para imantarlo, más que el contacto con Sarmiento, de quien no tenía ninguna de las cualidades ni los defectos literarios. El color, la pujanza creadora, la fogosidad exuberante de Sarmiento le faltaban, tanto como su rutilante mal gusto y su descuidada insolencia. Pero Posse tenía el trazo, la fuerte y mordiente sobriedad, la flecha dentada que se clava en el blanco y allí queda, vibrante; en fin, un asombroso reencuentro con la línea clásica. Este periodista de provincia se tomaba en La Bruyère a quien, creo, jamás había leído.

Sería imposible reseñar todos los temas que Posse tocó a lo largo de medio siglo de diarista. Pero sin duda la nota predominante de sus escritos fue la crítica política y social. Lo que publicaba tenía un vasto efecto repercutido. Pablo Lascano decía que todas las expresiones de Posse en los diarios eran repetidas al día siguiente por las víctimas, como si les hicieran cosquillas:

Hay entre los espectadores alguno que recibe un alfilerazo del escritor: se lo saca, mezclando al dolor una carcajada ruidosa. Otro recibe una estocada en

el corazón: murmura un ligero reproche y sigue atento su lectura, consolándose con la idea de que ha de haber para todos.

Y aun cuando no firmaba, era imposible que se ocultase: “el menos avezado reconoce su estilo en el suelto rápido, en la correspondencia forjada, en la colaboración, en las solicitadas y en cuanto espacio hay en el diario”. Según Lascano, para Posse escribir era “una necesidad de su espíritu, y la pluma el arma con que se bate heroicamente”.

En su descripción de 1895 del áspero periodista tucumano, asegura Groussac que “la inmensa superioridad” de Posse

sobre su entorno, unida a un temperamento ultrabilioso, le impidió tomar en serio la escena minúscula donde el nacimiento, los hábitos y una cierta atonía de ambición lo habían enredado. De allí su existencia de pequeñas batallas innombrables y de tempestades en El Manantial [se refería al paraje donde fusilaron a Crisóstomo Álvarez]. Zamarreaba a todo el mundo, sucesivamente, saturado en seguida de sus nuevos amigos, y viviendo en una indigestión crónica de la mediocridad ambiente. Tan pronto estaba con unos, prefería a los otros: de allí, su eterno prestigio de impopularidad. Pero los más simples sentían una fuerza en él; y además, tenía ese encanto irresistible de los amargos cuando se dignan sonreír.

En la historia del periodismo tucumano, quedaron resonando largamente sus polémicas, en ocasiones desbocadas, con los más importantes personajes. Ni qué decir que todo esto le granjeó considerable malquerencia. Vicente Quesada lo recuerda, en el Tucumán posterior a Caseros, como alguien a quien la gente solía esquivar.

Es uno de los problemas que debe cargar sobre sus hombros todo periodista. Como escribe lo que considera verdades, generalmente no se le guarda simpatía, y menos cuando se pertenece al poder: sobradas pruebas tenemos de esa cuestión en nuestros días. Por ello es que el tucumano, con mucha frecuencia, debió exiliarse en

provincias vecinas, cuando el mandón de turno reaccionaba al sentirse tocado por sus artículos.

Y no sería desacertado pensar que la mala suerte que lo persiguió siempre, a la hora de intentar alguna empresa particular, tenía que ver con esa malquerencia que su tarea de periodista y su estilo punzante generaban.

Don Pepe no podía con su genio. En una carta a Sarmiento de 1868, lamentaba haberse peleado con Martín Piñero, en una polémica, decía,

provocada por mi y envenenada por él. Díjele una frase humorística, que hirió un poco su cólera inflamable, y me tiró con barro, y tanto me tiró que al fin yo también alcé del suelo no sé qué inmundicia que se la despaché al rostro. Me he arrepentido después y creo que él también, pero la rotura quedó sin soldarse.

Por supuesto que Posse nunca compiló sus artículos, ni pasó por su cabeza escribir un libro. Para encontrarse con sus trabajos de prensa, hay que recorrer las incompletas hemerotecas tucumanas, además de buscar sus correspondencias en los diarios de Córdoba o de Buenos Aires. Y siempre faltaría investigar, entre los artículos y sueltos sin firma, cuáles eran de su autoría.

Sí se conserva, como acaso su único trabajo orgánico, aquella interesante ponencia que presentó al Congreso Pedagógico de 1882, sobre la necesidad de una ley nacional que obligara a los padres a enviar los hijos a la escuela. No resisto a la tentación de rescatar algunos párrafos de ese escrito, donde Posse insistía en su crítica a la apatía argentina en materia de enseñanza. Escribía:

Se decretan y se establecen escuelas en provincia, más como aparato de lujo que como institución seria y útil para resultados calculados. Los gobiernos que se ponen ese vestido de ceremonia para el público exterior, son los primeros en desdeñarlo. No conozco gobernante en mi país, y sospecho que

sucede lo mismo en las demás provincias, que haya bajado de las alturas a ver de cerca lo que pasa en las escuelas que decretaron. Tengo a mi cargo el Colegio Nacional hace 12 años, y todavía no he estrechado la mano de ningún gobernador que se haya acercado a visitar sus clases, por saber lo que se enseña y cómo se enseña.

Agregaba Posse que esa indiferencia existía también en los padres de familia, “no como mal transmitido como contagio, sino como un defecto de la sociedad revelado por cada uno de sus individuos”. Decía que sólo concurrían alguna vez a los colegios,

para hacer reproches a sus directores por quejas de sus hijos, que por cierto han de tener siempre razón en la familia, siempre indulgente contra los profesores. En presencia de estos hechos inclina uno la cabeza con tristeza, pensando dónde se encontrará entre nosotros un punto de apoyo para la palanca que ha de sostener la educación primaria obligatoria.

Sarcásticamente, agregaba:

Es de suponer que gobiernos que no se preocupan sino de la transmisión del mando, que sólo viven dentro del tiempo presente, que nada serio piensan para el porvenir, que no sienten la fuerza impulsiva de una opinión pública que no existe, no se han de dar mucho afán en cambiar o mejorar las condiciones morales de los hombres actuales.

Dijimos que José Posse fue íntimo amigo de Domingo Faustino Sarmiento, desde los días chilenos de la década de 1840. La correspondencia que intercambiaron entre 1845 y 1888 fue publicada en 1946, como se sabe, por el Museo Histórico Sarmiento, en dos volúmenes de consulta permanente e insustituible para cualquiera que acometa la historia de esos años. Lo más interesante de tal intercambio es la franqueza con que se desarrolló.

Sarmiento decía a Posse realmente lo que pensaba, y su amigo hacía lo mismo. En sus cartas, no andaban con paños tibios para hablar de la gente y para enjuiciar los sucesos. Como no existían los

medios modernos, en la correspondencia escrita se ponía todo. Así es que revisar hoy estas misivas permite penetrar en el alma de quienes la firmaban. Allí están los sueños de dos hombres que se hicieron viejos en su lucha por un país moderno, dotado de prácticas cívicas y de institucionales que estuvieran de acuerdo con esa condición. Nunca se hallaron conformes con la realidad, sino todo lo contrario. A cada momento, en sus epístolas se advierte el choque violento de las ilusiones con la realidad; como también se advierte la pasión que pusieron en tratar de enderezar las cosas. Vicente C. Gallo juzgó que Posse y Sarmiento

se entendían entre ellos: se entendieron hasta su muerte, lo que les permitió mantener una correspondencia privada en la que nada se ocultaron y en la que se vertieron muchos juicios que ahora resultan hijos de la pasión antes que de la verdad y de la justicia.

Sin duda, Gallo tiene bastante razón. Pero también es verdad que los juicios del momento son generalmente falibles, y que no siempre la verdad y la justicia aparecen tan claras. Y menos cuando el intercambio de opiniones ocurre entre dos personas de temperamento apasionado e impetuoso. Por lo demás, como historiador, y sobre todo como lector, hallo siempre fresca en la correspondencia confidencial: nada como ella para obtener un retrato verdadero de los seres humanos.

A Sarmiento, a veces, las reclamaciones de *don Pepe* Posse lo sacaban de las casillas. En una misiva de 1861, le decía: "He recibido dos cartas tuyas escritas con bilis. Podría responder a tus quejas como Guatimozín ¿Crees que todo podemos hacerlo?"

Toquemos rápidamente algunos de los temas nacionales que excitaban el sarcasmo y la invectiva de Posse. El Congreso, por ejemplo. "No he querido ir al Congreso", escribía en 1862. "Tengo aversión a los discursos y a las discusiones de las asambleas. He

acostumbrado mi espíritu a mirar a estos cuerpos nada más que por su lado teatral". En otra, de 1868, decía:

Ya ves lo que es el Congreso: un teatro de día, para solaz de un público que se domina sentado [...] Las funciones de concurrencia son aquellas que se sabe que van a martirizar un ministro haciéndose pandilla los oradores. Pero de esos títeres no queda en pie ninguna idea útil, porque al fin de todo de lo que se trata es de hacer la estrategia de la palabra, el can-can de la lengua. Una función del Congreso apaga la anterior, y así siguen las fiestas hasta el fin de la temporada.

Los militares eran otro tema recurrente. Cuando Sarmiento era presidente, Posse recalcaba la necesidad de poner orden entre los oficiales:

Tenemos -escribía en 1868- que hasta los últimos momentos de la administración pasada se han estado 'sellando' militares de oficina, confiriendo grados, a unos por favoritismo, a otros por aliados políticos, con el fin palpable de crear caudillejos para miras ulteriores contra la actual presidencia. Lo inmoral, injusto y pérfido que hay en esto, es que se han hecho jefes a hombres que nunca han estado en el ejército, ni antes ni durante la guerra del Paraguay [...] Estos escándalos [...] o son revocados por notoriamente injustos o desautorizados, o esos militares deben ser llamados al servicio para hacer méritos y legitimar sus galones: que vayan pues al ejército y a la frontera, a ganar su sueldo con el sudor de su trabajo.

El presupuesto también le arrancaba frecuentes críticas. Advertía a Sarmiento en 1868 que su presidencia tendría el problema de pagar los libramientos hechos por la saliente:

Es probable que la presidencia que se fue haya agotado las partidas del presupuesto [...] y que no haya dejado a la entrante con qué excavarse los dientes. Me parece que debe darse una ley que corrija el mal, declarando que los presidentes que cesan no gobiernan el Tesoro ni un día más de su período.

En fin, podría escribirse un libro sobre esas cartas y lo que significan: precisar cuánto contenían de acierto y de profecía, y

cuánto de equivocado o de injusto. No intentaré por cierto semejante tarea, ni es éste el lugar para siquiera esbozarla.

Prefiero tocar algo más suave, que aligere la evocación. Es interesante ver cómo la pluma llena de espinas de Posse pasaba, sin esfuerzo, de las graves cuestiones cívicas a las notas de humor.

A Sarmiento le gustaban los quesos de Tafí, y Posse se los enviaba con frecuencia. En una de las remesas, le decía: "que salgan buenos los quesos, que no se indigesten en la retorta química que es tu estómago". Sarmiento le proponía escribir en la prensa de Tucumán y que le pagasen sus artículos "en quesos de Tafí o café de Yungas": por su parte, Posse podía escribir en *El Zonda*, de San Juan, a cambio de "tabletas" o "pasas".

Posse aseguraba que sinceramente quería enviarle un cargamento de quesos, pero, escribía, "¿Con quién? Un sanjuanino es cosa que no se halla para remedio, sino para que se queden con todo". Sarmiento le hacía confidencias culinarias porteñas. "Los paisanos de Buenos Aires le hacen ascos a la ensalada todavía. ¿Quién come yuyos?, dicen. No sé a qué altura están ustedes después de los quesos, el asado, etcétera. ¿Comen yuyos?".

Los símiles alimenticios servían para los fines más diversos. "Mitre me ha mandado su discurso de Chivilcoy", escribía Posse, y

por hallarle sabor a leche de burra en los primeros renglones abandoné su lectura. Me confundo cuando pienso en qué consiste la vitalidad de esa personalidad política, del profeta de profecías que no se cumplen. Ya caigo en cuenta: en Buenos Aires, las gentes del país no digieren alimentos fuertes, por eso tiene consumo la leche de burra de los discursos de Mitre.

Y no puedo resistirme a narrar brevemente la cuestión del loro. Sarmiento había pedido a Posse que le consiguiera un "loro hablador" en Tucumán, en 1874. Posse cumplió el encargo, remitió el pájaro y Sarmiento lo puso en una jaula, en su casa. Pero sucedió que

pasaban los días y el loro no hablaba. Entonces, el sanjuanino escribió a Posse para quejarse por el mutismo de este "animal". Don Pepe le contestó:

Te he mandado una maravilla con el loro que tratas tan injuriosamente de animal. Aquí los loros habladores valen 2 y 3 pesos, y debía ser un portento ese que tienes cuando he pagado 25 pesos por él. Sucede siempre que al cambiar de clima, de naturaleza y de objeto y personas desconocidas, les viene el mutismo. Mi hija Manuela [se refería a Manuela Posse de Ledesma, residente en Rosario] llevó dos loros muy habladores que cayeron en una profunda pena: el uno murió de melancolía y el otro al año recién recobró el habla. Si has conservado enjaulado al loro has hecho una barbaridad. La prisión es la mitad de su silencio [...] Es necesario que lo hagas dormir adentro mientras haga frío. Para que esté libre y contento hazlo colocar en una estaca clavada en la pared: así se ha criado. No le den cosas grasosas a comer,

decía. Luego de enumerar en detalle la alimentación adecuada para el loro, añadía Posse que "cuando recobre su alegría y su lengua, le pedirás perdón de rodillas por haberlo tratado de animal".

Tanta confianza tenía Posse a Sarmiento, que en una de sus cartas lo reconviene seriamente por haber publicado una suya sin autorización, en un diario. Y le dice: "Señor Pelao, no sea tan tilingo en adelante". Esto puede servir como indicador de la fuerza de la relación entre ambos, ya que Sarmiento jamás hubiera permitido a otra persona semejante expresión. Posse se atrevía, además, a darle francos consejos. "Evita cuanto puedas toda referencia a tu persona, para no dar ocasión a tus adversarios a que te calienten los oídos con esa marimba de Don Yo que tantas veces te han hecho sonar", le decía en 1868. Y apuntaba también: "Insisto en que debes, en alguna ocasión solemne, hacer saber que crees en Dios y en la p... de la Iglesia. Conoces bien el interior y por lo tanto no debes mirar con desprecio esta indicación".

Guardó religiosamente las cartas de su famoso amigo, y si quedaron entre los papeles de Sarmiento y pudieron ser

posteriormente editadas, es porque Posse un día resolvió devolvérselas, seguro del valor que tendrían para la historia.

En 1886, dos años antes de la muerte del sanjuanino, se las envió, "como propiedad de tu familia, muy útiles para tu biografía póstuma". Decía visionariamente Posse que

esas cartas, quitando la paja y dejando el grano, contienen la historia de tu vida entera, contada al amigo íntimo, desde los tiempos primitivos de tu carrera pública hasta los tiempos presentes; allá está la serie de tus ideas, de tus posiciones políticas, de tus impresiones del momento, de tus propósitos de todos los días: es, en una palabra, tu biografía hecha por el propio autor sin pretensiones de hacerla. No habrá más que separar lo que no debe salir del dominio de lo secreto y privado. Al releer esas cartas, tal vez te sirvan para despertar recuerdos útiles para trabajos históricos.

Ya se sabe que en los tiempos en que Posse y Sarmiento actuaron, la corrupción distaba mucho de ser una característica de los hombres de la política. No era raro, y sí más bien frecuente, que quienes habían desempeñado posiciones expectables terminaran sus días en la necesidad y aun en la pobreza.

Paul Groussac, en su colorida y afectuosa evocación de Posse, dice que fue "un escritor y un pensador; encogido en esa política de campanario, jamás dio su medida". Prefirió

envejecer en su rincón, el primero en su ciudad, en filósofo cazador y pescador, sin importarle los honores ni la fortuna. A través de su existencia de periodista y de político -juez, diputado, gobernador, ministro- hurgado durante medio siglo por la envidia y por la malignidad provincianas, jamás se encontró un grano de polvo sobre eso que Corneille denominaba 'el espejo de su honor'.

Agregaba que Posse "entró pronto en una pobreza orgullosa, de la que no quiso salir. Era un espíritu superior y una probidad. Solamente tiró su pólvora a los pajaritos de la Barranca Colorada, y ha sido un hombre honesto con el encanto de un erizo".

Pero creo que la honestidad de Posse alcanzó ribetes verdaderamente ejemplares. Terminaré con lo que ocurrió cuando era octogenario, en 1897. En la Legislatura de Tucumán, entró el proyecto del diputado Ramón V. López, que confería una pensión especial a Posse, en mérito a sus servicios. El gran orador Amador Lucero pidió la palabra para exaltar, dijo, a "este camarada de Sarmiento que ha luchado, como él, contra todas las tiranías"; a "este turbulento político que ha comido el pan amargo de los destierros, este eximio periodista -la pluma más personal de su época-; este maestro de escuela, este juez, este convencional, este legislador, este gobernante", que "ha llegado a la vejez y se encuentra pobre y olvidado", en esa "gloriosa pobreza de los hombres públicos".

Ni bien Posse se enteró de la iniciativa, la rechazó sin vacilaciones:

Es mi resolución irrevocable -escribió a la Cámara- no aceptar pensión alguna por servicios que ya pasaron y que en el tiempo y ocasión fueron remunerados según su mérito. Hay, por otra parte, deberes cívicos que se cumplen sin recompensa. No tengo necesidades extremas por mi edad, que no pueda llenar con mis humildes recursos, y no quiero recargar al tesoro de la Provincia, demasiado gravado con deberes y obligaciones que habrá de cumplir, con un solo centavo de pensión en mi favor.

Quisiera saber qué hombre público, a esta altura del milenio, es capaz de pronunciar renunciaciones de este tipo.



Ediciones de la Veinticuatro
Tucumán